

DAVID LEVITHAN

DOS CHICOS BESÁNDOSE

Traducción del inglés

Teresa Lanero

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *Two Boys Kissing*
Publicado en Estados Unidos por Knopf, un sello de
Random House Children's Books

© de la obra: David Levithan, 2013
© de la traducción: Teresa Lanero, 2016

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: octubre de 2016

Preimpresión: Elena Sanz Matilla
Impreso en España / *Printed in Spain*
Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: YFB
ISBN: 978-84-945277-5-3
Depósito Legal: M-33076-2016

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Por razones muy diversas,
esta novela no existiría sin*

*Robert Levithan,
Matty Daley
y
Michael Cart.*

Está dedicada a los tres.

No podéis saber cómo es esto ahora para nosotros, siempre estaréis un paso por detrás.

Sentíos agradecidos por eso.

No podéis saber cómo era para nosotros entonces, siempre estaréis un paso por delante.

Sentíos agradecidos también por eso.

Confíad en nosotros: hay un equilibrio casi perfecto entre el pasado y el futuro. Mientras nos convertimos en un pasado lejano, vosotros os convertís en un futuro que pocos habríamos imaginado.

Es difícil pensar en todo esto cuando estás ocupado soñando, amando o haciendo el amor. El contexto se difumina. Somos un peso espiritual que lleváis con vosotros, como el de vuestros abuelos o el de vuestros amigos de la infancia que un día se marcharon a otro lugar. Intentamos que la carga sea lo más ligera posible. Y, al mismo tiempo, cuando os vemos, no podemos evitar pensar en nosotros mismos. Una vez fuimos nosotros quienes soñábamos, amábamos y hacíamos el amor. Una vez fuimos nosotros quienes vivíamos y, más tarde, quienes moríamos. Con sutileza, nos vinculamos a vuestra historia.

Fuimos como vosotros, sólo que nuestro mundo no era como el vuestro.

No tenéis ni idea de lo cerca que estuvisteis de la muerte. Una o dos generaciones antes y podríais estar aquí.

Nos molestáis. Nos asombráis.

Son las 20:07 de un viernes por la noche y Neil Kim está pensando en nosotros. Tiene quince años y se dirige a casa de su novio Peter. Llevan un año saliendo y Neil empieza a darle vueltas a la idea de que parece mucho tiempo. Desde el principio, todos le decían que no iban a durar. Ahora, aunque no duren para siempre, siente que ya han estado juntos el tiempo suficiente como para que sea algo importante. Los padres de Peter tratan a Neil como a un segundo hijo y no han puesto barrera alguna, mientras que los de Neil siguen tan confusos como angustiados.

Neil lleva en la mochila dos DVD, dos botellas de Dr Pepper *light*, masa para hacer galletas y un libro de poemas. Eso —y Peter— es todo lo que necesita para sentirse lleno. Pero la suerte, como ya aprendimos, en realidad forma parte de una ecuación invisible. A dos manzanas de la casa de Peter, Neil toma conciencia de todo esto y le asalta una sensación de profunda e indefinible gratitud. Sabe que parte de su buena suerte se debe al lugar que él mismo ocupa en la historia, y piensa fugazmente en nosotros, los que llegamos antes. Para él no somos nombres ni caras; somos una abstracción, una fuerza. Su gratitud es extraordinaria: es más pro-

bable que un chico se sienta más agradecido por el Dr Pepper *light* que por estar sano y vivo con quince años y poder ir a casa de su novio sin que le surjan dudas sobre si lo que está haciendo es correcto.

No es consciente de lo hermoso que es mientras sube el camino de acceso a la casa y toca el timbre. No es consciente de lo hermoso que es lo corriente cuando ya ha desaparecido.

Si sois adolescentes en este momento, es poco probable que nos conozcáis bien. Somos la sombra de vuestros tíos, vuestros ángeles padrinos, el mejor amigo de la universidad de vuestra madre o de vuestra abuela, el autor de ese libro que encontrasteis en la sección homosexual de la biblioteca. Somos personajes de una obra de Tony Kushner o nombres bordados en una colcha que casi nunca se saca a la calle como símbolo. Somos los fantasmas de lo que queda de la generación anterior. Os sabéis algunas de nuestras canciones.

No queremos aparecernos ante vosotros de un modo demasiado lúgubre. No buscamos que nuestro legado sea solemne. No os gustaría vivir la vida así ni que os recordaran de esa forma. Sería un error que considerarais que la muerte fue nuestro punto en común. La parte de la vida fue más importante.

Os enseñábamos a bailar.

Es cierto. Mirad a Tariq Johnson en la pista de baile. En serio, miradlo. Un metro noventa de altura y ochenta kilos que pueden convertirse, con la ropa y la música apropiadas, en un conjunto de alegría y despreocupación (tener el pelo adecuado también ayuda). Maneja su cuerpo como si estuviera compuesto de fuegos artificiales sincronizados con el ritmo. ¿Está bailando solo o baila con todos los que se encuentran en la sala? Ahí reside el secreto: da lo mismo. Hizo un viaje de dos horas para ir a la ciudad y, cuando todo haya acabado, tardará otras dos horas en volver a casa. Pero merece la pena. La libertad no consiste sólo en votar, casarse y besarse en la calle, aunque sean cosas importantes. La libertad también tiene que ver con lo que te permites hacer. Observamos a Tariq mientras está en clase de Español trazando mapas imaginarios en su cuaderno. Lo observamos mientras está en la cafetería mirando de reojo a los chicos mayores. Lo observamos mientras coloca su ropa sobre la cama y crea el esbozo de la persona que va a ser esta noche. Nos pasábamos años haciendo estas cosas tiempo atrás. Y eso era lo que esperábamos ansiosos, lo mismo que Tariq, ansioso, espera hoy. Esa liberación.

La música de ahora no es muy distinta de la que había cuando pisábamos las pistas de baile. Algo querrá decir. Hay algo universal. Encerramos aquel deseo en una botella en el pasado y dejamos que las ondas se lo llevaran. Los sonidos golpean vuestro cuerpo y vosotros os movéis.

Estamos en esas partículas que te impulsan. Estamos en esa música.

Baila para nosotros, Tariq.
Siéntenos allí, en tu libertad.

Qué sutil ironía: justo cuando dejamos de querer matarnos, empezamos a morir. Cuando nos sentíamos fuertes, nos quedábamos sin fuerzas.

Eso no debería sucederos a vosotros.

Los adultos pueden decir todo lo que quieran sobre lo invencibles que se sienten los jóvenes. Algunos fuimos así de fanfarrones, por supuesto. De hecho, también había una oscura voz interna que nos decía que estábamos condenados. Y lo estuvimos, pero dejamos de estarlo.

Jamás deberíais sentirnos condenados.

Son las 20:43 del mismo viernes por la noche y Cooper Riggs no se halla en ninguna parte. Se encuentra en su habitación, solo, y es como si no estuviera. Podría estar fuera, rodeado de gente, y seguiría sintiendo que no está en ningún lugar. A sus ojos, el mundo es plano y aburrido. Un mundo en el que se han disipado todas las sensaciones, cuya energía corre ahora por los concurridos pasillos de su mente haciendo un ruido de enfado y frustración. Está sentado en la cama, sumido en una lucha interna, y al final lo único que se le ocurre es meterse en Internet porque allí la vida es tan plana como la vida real, aunque sin las expectativas de esta. Sólo

tiene diecisiete años, pero en la red puede tener veintidós, quince, veintisiete. La edad que la otra persona quiera que tenga. Posee perfiles falsos, fotos falsas, datos personales falsos e historias falsas. Las conversaciones son también muy falsas y rebosan de un coqueteo que él nunca llevará más allá, pequeñas chispas que jamás se convertirán en fuego. No lo admitirá, pero en realidad espera que algo auténtico le sorprenda. Abre siete páginas a la vez para mantener la mente ocupada, para creerse el engaño de que está saliendo de esa nada, aunque la percepción sigue siendo la de no estar en ningún sitio. Se pierde tanto en esa búsqueda que ninguna otra cosa parece importar y, así, el tiempo deja de tener valor para poder gustarlo en cosas triviales.

Sabemos que algunos seguís asustados. Sabemos que algunos todavía permanecéis en silencio. Que ahora sea mejor no significa que todo esté bien.

Soñar, amar y hacer el amor. Eso no son identidades. Quizá lo sean cuando otras personas nos miran, pero no para nosotros. Somos mucho más complicados.

Nos gustaría poder ofrecer un mito de la creación, un motivo exacto de por qué sois como sois, de por qué cuando leáis esta frase vais a saber que habla de vosotros. Mas no sabemos cómo empezó. Apenas comprendimos la época que conocimos. Recopilamos las cosas que aprendimos y ni por asomo suman lo bastante como para colmar la amplitud de una vida.

Echarás de menos el sabor de los Froot Loops.
Echarás de menos el ruido del tráfico.
Echarás de menos tu espalda contra la suya.
Echarás de menos, incluso, que te robe la sábana.
No ignoréis esas cosas.

No teníamos Internet, pero sí una red de contactos. No teníamos páginas web, pero sí sitios donde tejer la nuestra. Se apreciaba sobre todo en las ciudades. Hasta alguien tan joven como Cooper, tan joven como Tariq, podía encontrarlos. Paseos marítimos y cafeterías. Puntos concretos en el parque y librerías donde Wilde, Whitman y Baldwin dominaban como reyes bastardos. Esos eran los puertos seguros, incluso cuando temíamos que estar demasiado expuestos significara aventurarse también al ataque. Nuestra felicidad contenía desobediencia y miedo. En algunas ocasiones, te mantenías en el anonimato y, en otras, estabas rodeado de amigos y de amigos de amigos. En cualquier caso, estabas conectado. Por tus deseos. Por tu desobediencia. Por el simple y complicado hecho de ser quien eras.

Fuera de las ciudades, las conexiones eran menos obvias, la red era más estrecha; los sitios, más difíciles de encontrar. Sin embargo, ahí estaban. Aunque pensáramos que éramos los únicos, ahí estábamos.

Pocas cosas nos hacen tan felices como un baile de fin de curso homosexual.

Ahora mismo, a las 21:30 del mismo viernes por la noche, estamos en un pueblo con el inverosímil nombre de Kindling¹: seguramente sus primeros habitantes tuvieron el ardiente deseo de morir o tal vez fue sólo un homenaje a los maderos en llamas que mantuvieron a los colonos con vida. En algún momento, alguien debió de aprender la lección del tercero de los tres cerditos, ya que el centro municipal está construido íntegramente de ladrillos. Es un edificio aburrido y tranquilo en una localidad aburrida y tranquila, y su arquitectura, tan bonita como la palabra «municipal». Un lugar insólito para que un chico con el pelo azul y otro chico con el pelo rosa se conozcan.

En todo Kindling no hay suficientes chicos gays como para llenar un baile de fin de curso homosexual, así que esta noche vienen coches de todas partes. Algunos de los asistentes llegan en pareja, riendo, peleándose o separados por su silencio. Otros aparecen solos: han salido de casa a escondidas, han quedado con sus amigos en el centro municipal o vieron el anuncio en Internet y decidieron acudir en el último momento. Hay chicos de esmoquin, chicos engalanados con flores, chicos con sudaderas rotas con capucha, chicos con corbatas más estrechas que sus vaqueros, chicos con irónicos vestidos de raso, chicos con no irónicos vestidos de raso, chicos con camisetas de cuello de pico, chicos que se

¹ En inglés, *leña menuda*. (Todas las notas son de la traductora).

sienten incómodos con zapatos de vestir. Y chicas..., chicas arregladas de todas esas formas que llegan en coche a ese mismo sitio.

Nosotros, si acudíamos a nuestros bailes de fin de curso, era en compañía de chicas. Algunos lo pasábamos bien; otros echamos la vista atrás años después y nos preguntamos cómo conseguimos ser tan poco conscientes de quiénes éramos. Unos cuantos lográbamos ir juntos, acompañados de nuestras mejores amigas, que nos servían de coartada. Sólo nos invitaban a aquel ritual si nos plegábamos al guión de nuestros supervisores. Era más probable que Neil Armstrong nos invitara a un baile de fin de curso en la luna que asistir a un baile como el que se celebra en Kindling en este momento.

Cuando estábamos en el instituto, el color del pelo abarcaba el anodino espectro de negro/castaño/pelirrojo/rubio/gris/blanco. Esta noche, en Kindling, descubrimos a Ryan caminando hacia el centro municipal teñido de azul turquesa, color huevo de petirrojo. Diez minutos después, se aproxima Avery con el pelo rosa pálido, color Cadillac Mary Kay. El pelo de Ryan está peinado hacia arriba, como la superficie de una roca marina, mientras que a Avery le cae con delicadeza por delante de los ojos. Ryan es de Kindling y Avery, de Marigold, una localidad que está a sesenta y cinco kilómetros. De inmediato sabemos que no se conocen y que ahora lo van a hacer.

No tenemos una postura unánime respecto al cabello. Algunos creemos que es ridículo llevarlo azul o rosa. A otros nos gustaría retroceder y hacer que nuestro pelo imitara la gelatina que nuestras madres nos preparaban por la tarde.

Casi nunca estamos de acuerdo en algo. Algunos amábamos. Otros no pudimos. A algunos nos amaron. A otros no. Algunos nunca llegamos a comprender el porqué del escándalo. Otros lo ansiábamos tanto que morimos en el intento. Algunos juramos que morimos de pena, no de sida.

Ryan entra en el baile y, diez minutos más tarde, Avery. Sabemos lo que va a pasar. Hemos presenciado esta escena muchas veces. No sabemos si funcionará o si durará.

Recordamos a los chicos que besamos, los chicos con los que nos acostamos, los chicos que amamos, los chicos que no nos correspondieron, los chicos que estuvieron con nosotros hasta el final, los chicos que estuvieron más allá del final. El amor es tan doloroso... ¿Cómo podrías deseárselo a alguien? Y tan esencial... ¿Cómo podrías interponerte en su camino?

Ryan y Avery no nos ven. No nos conocen ni nos necesitan ni nos sienten en la sala. Ni siquiera se ven el uno al otro hasta que llevan unos veinte minutos en el baile. Ryan descubre a Avery por encima de la cabeza de un muchacho de trece años con tirantes de arcoíris (sí, muy gay). Primero divisa su pelo y luego a él. Avery levanta la vista justo en ese momento y distingue al chico de pelo azul que mira hacia donde él está.

Algunos aplaudimos. Otros apartamos la vista porque nos resulta demasiado doloroso.

Siempre subestimamos nuestra contribución a la magia. Es decir, pensábamos en ella como algo que existe con o sin nosotros. Eso no es verdad. Las cosas no son mágicas porque una fuerza externa las haya

conjurado. Son mágicas porque las creamos y luego consideramos que lo son. Ryan y Avery dirán que la primera vez que hablaron y la primera vez que bailaron fueron momentos mágicos. Ellos fueron quienes los dotaron de magia, nadie más que ellos, nada más que ellos. Lo sabemos. Estuvimos allí. Ryan estaba predispuesto. Avery estaba predispuesto. Y esa predisposición fue lo único que necesitaron. *Eso* es la magia.

Fijaos bien. El chico del pelo azul toma la iniciativa. Sonríe mientras le tiende la mano al chico del pelo rosa. Siente lo que ya sabemos: lo sobrenatural es natural y lo maravilloso puede provenir del movimiento más mundano, como de un latido o una mirada. El chico del pelo rosa está asustado, muy asustado, de ese modo particular que asusta lo que uno más desea. Oíd los latidos de ambos. Escuchadlos de cerca.

Ahora apartaos. Mirad a los otros chicos en la pista. Inadaptados a su aire, rebeldes indecisos, miedosos o valientes. Bailando o sin bailar. Hablando o sin hablar. Pero todos en la misma sala, reunidos de un modo que antes no estaba permitido.

Retroceded más aún. Estamos en la cornisa del tejado.

Saludad si nos veis.

«Silencio es igual a muerte», decíamos. Lo cual implicaba la suposición —o el miedo— de que muerte es igual a silencio.

A veces vislumbras ese horror. Cuando alguien cercano se pone enfermo. Cuando a alguien cercano lo envían a la guerra. Cuando alguien cercano se quita la vida.

Todos los días un funeral. Esa fue una parte considerable de nuestra existencia. Imaginad que estáis en un instituto donde cada día muere un alumno. Algunos eran amigos tuyos; otros, chicos que coincidían contigo en clase. Acudes porque sabes que tienes que hacerlo. Te conviertes en portador del recuerdo y de la pena hasta que te toca a ti ser quien se va, a quien lloran.

No tenéis ni idea de lo rápido que pueden cambiar las cosas, de lo pronto que pueden pasar los años y que las vidas terminen.

La ignorancia no es felicidad. La felicidad es conocer el sentido completo de lo que os ha sido dado.

Son las 22:45. Craig Cole y Harry Ramírez están planeando el gran beso. Este beso ha supuesto meses de preparación, y ahora aquí están, en la noche previa. Para la mayoría de los besos sólo hacen falta dos personas, pero este va a necesitar al menos una docena. Ninguna de esas otras personas se encuentra en la habitación. Sólo están Craig y Harry.

—¿De verdad vamos a hacerlo? —pregunta Craig.

—Por supuesto que sí —responde Harry.

Saben que necesitan dormir y que mañana es el gran día. Son conscientes de que no hay vuelta atrás ni tampoco garantía de que lo vayan a conseguir.

Deberían irse a dormir, aunque la buena compañía es enemiga del sueño. Recordamos esa sensación con mucha intensidad: el deseo de alargar las horas con otra persona, hablando, abrazándo-

la o simplemente viendo una película. En esos momentos, el reloj parece arbitrario, ya que tu conciencia del tiempo se rige por otra medida más personal.

Están en casa de Harry. Sus padres han salido y el perro ya se ha dormido. Como la casa parece suya, también se creen dueños del mundo. ¿Por qué cerrar los ojos ante eso?

Están en casa de Harry porque los padres de Craig no pueden saber lo del beso. En algún momento se enterarán, pero no ahora. No antes de que ocurra.

Al final, Harry dejará a Craig acurrucado en el sofá. Lo arrojará y luego se irá a su habitación de puntillas. Estarán en sitios distintos, aunque tendrán sueños similares.

Echamos de menos la sensación de que nos arrojen, igual que echamos de menos la sensación de ser ese ángel protector que coloca la manta sobre los hombros del otro y le desea felices sueños. Esas camas son las que queremos recordar.

Estamos nerviosos por el beso de mañana. No sabemos cómo lo van a lograr; aun así, esperamos que lo hagan.

Avery, el del pelo rosa, nació como un chico al que el resto del mundo veía como una chica. Entendemos lo que es que te vean como algo que no eres, aunque para nosotros era más fácil de ocultar. Pero Avery tiene que romper una cadena biológica más gruesa. Cuando era muy pequeño, sus padres descubrieron lo que ocurría. Su madre pensó que tal vez siempre lo supo y por eso

había elegido el nombre de Avery —el de su padre— y decidió ponérselo tanto si era niño como si era niña. Con la ayuda y beneplácito de sus padres, aunque no siempre con su comprensión, Avery proyectó una nueva vida; tuvieron que recorrer muchos kilómetros, y no para bailar o beber, sino para que recibiera las hormonas necesarias para que su cuerpo avanzara en la dirección correcta. Y funcionó. Vemos ahora a Avery y sabemos que ha funcionado, somos conscientes de la maravilla que eso supone. En nuestra época, Avery habría estado atrapado en un cuerpo infranqueable en un mundo inextricable.

Mientras bailan, Avery se pregunta si Ryan se habrá dado cuenta; le preocupa que pueda importarle. El chico del pelo azul lo está viendo a él, eso seguro. Pero ¿lo ve todo o sólo lo que quiere ver? Esa siempre será una de las grandes preguntas del amor.

A Ryan le inquieta más la hora y qué hacer con el tiempo. Le parece increíble que haya encontrado a alguien ahí, en las entrañas del centro municipal de Kindling. En el mismo sitio donde aprendió a nadar. En el mismo sitio donde iba a clases de baloncesto cuando tenía nueve años. En el mismo sitio donde participó en ventas benéficas de dulces y donaciones de sangre y donde votará cuando tenga la edad necesaria. Sí, también es el mismo sitio donde se escondió para fumar su primer cigarrillo y, un par de años más tarde, su primer porro; nunca habría imaginado que también sería donde encontraría a un chico de pelo rosa con quien bailar. Nota que sus amigos lo están observando desde los laterales y cuchichean sobre lo que puede pasar. Eso hace que aumente su pro-

pia necesidad de saber. El tiempo vuela, pero ¿hacia dónde? ¿Debería dejar de bailar y hablar más con ese chico antes de que el DJ pinche la última canción y las luces vuelvan a encenderse? ¿O deberían seguir así, emparejados por la música, envueltos en una canción?

Habla con él, queremos decirle. Porque, sí, el silencio puede marcar el tiempo con boyas, pero necesita anclarse con palabras.

Sabemos cuál es el momento más oportuno para eso y, en esta ocasión, el DJ no decepciona. Como la mayoría de los DJ suelen hacer en algún momento de la noche, pone una canción muy significativa para él y para nadie más. En cuestión de segundos, la pista empieza a despejarse. Las conversaciones van pasando del murmullo al bullicio. Se forma una cola en el baño de hombres.

Avery y Ryan se detienen. Ninguno de los dos quiere irse si el otro quiere quedarse.

Al final, Avery dice:

—No hay forma de bailar esta canción.

Y Ryan pregunta:

—¿Quieres que vayamos a por agua?

La escapada está lista.

El DJ abre los ojos y ve lo que ha hecho. Es evidente que debería quitar la canción, pero es una dedicatoria a larga distancia para el chico a quien quiere, que está en Texas. Acaba de marcar su número y sostiene el teléfono en el aire.

No todas las canciones tienen que ser para bailar. Siempre otra canción hará que regresen los bailarines.

SIGUE LEYENDO

DOS CHICOS BESÁNDOSE

DAVID LEVITHAN

«Tienes que leerlo».
Rainbow Rowell,
autora de Eleanor y Park

Son las 22:45.
Craig Cole y Harry
Ramírez están planeando
el gran beso. Este beso ha
supuesto meses de preparación, y
ahora aquí están, en la noche previa.
Para la mayoría de los besos sólo hacen
falta dos personas, pero este va a necesitar
al menos una docena. Ninguna de esas
otras personas se encuentra en la habitación.
Sólo están Craig y Harry. «¿De verdad vamos a
hacerlo?», pregunta Craig. «Por supuesto que sí»,
responde Harry. Saben que necesitan dormir y que
mañana es el gran día. Saben que no hay vuelta
atrás ni tampoco garantía de que lo vayan a
conseguir. Deberían irse a dormir, pero la buena
compañía es enemiga del sueño. Recordamos esa
sensación con mucha intensidad: el deseo de alargar las
horas con otra persona, hablando, abrazándola o
simplemente viendo una película. En esos momentos el
reloj parece arbitrario, ya que tu conciencia del tiempo se
rise por otra medida más personal. Están en casa de
Harry. Sus padres han salido y el perro ya está
dormido. Como la casa parece suya, también se
creen dueños del mundo. ¿Por qué cerrar
los ojos ante eso? Están en casa de
Harry porque los padres de
Craig no pueden saber lo del
beso. En algún momento se
enterarán, pero no ahora.
No antes de que ocurra.
Al final, Harry dejará
a Craig acurrulado
en el sofá. Lo arropará
y luego se irá a su
habitación de puntillas.
Estarán en sitios
distintos, aunque ten-
drán sueños similares.
Echamos de menos la
sensación de que nos
arropen, igual que echamos
de menos la sensación de ser ese
único protector que coloca la

Entendemos lo que es que te vean como algo que no
eres, aunque para nosotros era más fácil de ocultar.
Pero Avery tiene que romper una cadena biológica más
gruesa. Cuando era muy pequeño, sus padres
descubrieron lo que ocurría. Su madre pensó que tal vez
siempre lo supo y por eso había elegido el nombre de
Avery (el nombre de su padre) y decidió ponérselo tanto
si era niño como si era niña. Con la ayuda y beneplácito
de sus padres, aunque no siempre con su comprensión,
Avery proyectó una nueva vida: tuvieron que recorrer
muchos kilómetros, y no para bailar o beber, sino para
que recibiera las hormonas necesarias para que su
cuerpo avanzara en la dirección correcta. Y
funcionó. Vemos ahora a Avery y sabemos que ha
funcionado, somos conscientes de la maravilla que
eso supone. En nuestra época, Avery habría estado
atrapado en un cuerpo infranqueable en un
mundo inextricable. Mientras bailan, Avery se
pregunta si Ryan se habrá dado cuenta.
le preocupa que pueda importarle. El
chico del pelo azul lo está viendo a él,
eso seguro. Pero ¿lo ve todo o sólo
lo que quiere ver? ¿Es a
siempre será una

DOS
CHICOS
BESÁNDOSE
DAVID LEVITHAN

Traducción de Teresa Lanero

 NOCTURNA
EDICIONES

ISBN: 978-84-945277-5-3 | PVP: 14,00 € | A la venta: 24-10-2016

 NOCTURNA
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com